



XVII.

EN FILIPINAS.

1600-1607.

Pasan las naves holandesas á la India por el cabo de Buena Esperanza.—Atacan á las posesiones portuguesas.—Se apoderan de las Molucas.—Una escuadra de portugueses y castellanos intenta desalojarlas.—Esteriliza la discordia el propósito.—Situación de las Filipinas.—Relaciones con Japón, China, Camboja, Borneo.—Ordenanzas de Contratación con Nueva España.—Expedición desgraciada á Joló.—Comparación de los procedimientos de los castellanos y de los holandeses.—Se prepara nueva expedición á las Molucas.—Vence en Terrenate.—Somete las otras islas.—Vuelve á Manila en triunfo.



SE concibe que al tantear los holandeses los caminos que pudieran dar ensanche á sus contrataciones, sin pararse en el que conducía al mar del Sur por recelo de las peligrosas condiciones del acceso, embocando el estrecho de Magallanes, no habian de desatender aquel por donde llegaban directamente de la India Oriental las ricas mercancías de que en Lisboa se habian surtido de segunda mano, hasta el momento en que se les cerraron los puertos de la Península ibérica.

Ese camino, contorneando el África por el cabo de Buena Esperanza, no era surcado por naves españolas. Manteníase la consideración caballeresca, el respeto que la prioridad procuraba á los compatriotas de Vasco de Gama, en cierto modo consagrado por las declaraciones del emperador Carlos V al renunciar y ceder los derechos que le dieran los navegan-



tes castellanos dentro del hemisferio á ellos solos señalado por el Pontífice Alejandro VI. Manteníase la exclusiva carrera de las carracas portuguesas, porque, incorporado este reino con los otros de España, no se hizo alteración en el régimen de las colonias, consintiendo á los portugueses súbditos que prosiguieran gobernándolas y administrándolas por sí como señores; tolerando los entorpecimientos y complicaciones suscitadas en Oriente por su emulación suspicaz, favoreciendo quizás una de las causas dañosas á la asimilación de los pueblos. Y á tanto llegaba la consideración y el miramiento con el suyo, que para el amparo de las islas Filipinas, tratándose de enviar autoridades ó soldados y de aprovechar los rendimientos, caminaban los españoles mucha mayor porción de la superficie terrestre á través del Atlántico y del Pacífico.

Bien impuestos de las circunstancias en los Países Bajos, casi al mismo tiempo que los almirantes Mahu y van Noort dejaban los puertos para dirigirse al mar del Sur con sus escuadras, salía de aquéllos Jacobo Cornelio Neck con ocho naos y cuatro pataches, llevando el primero la bandera holandesa á los mares índicos en la verdadera acepción de la palabra; recorría los de Java y Banda entablando relaciones amistosas con los régulos de las islas; tocaba en las de la Especiería, objetivo de las compañías de armadores, y utilizando con habilidad el antagonismo eterno de los sultanes de Tidore y Terrenate, ofrecía á éste el concurso de su nación poderosa contra la dominación de los portugueses, aliados de su enemigo, obteniendo concesión de terrenos en que establecer factoría y puerto militar, é implantándose, por consiguiente, en el centro de negociación de los artículos más apreciados.

Tras esta primera expedición de ensayo venturoso partieron de Holanda, una en pos de otra, sin cesar ya un punto, flotas numerosas de 80, de 100, de 150 naves, escoltadas por las de guerra más potentes ¹, dirigidas contra las posesiones

¹ Colección Navarrete, t. v, núm. 15.



portuguesas, sin desdeñar por ello las de España, como se vió en el caso particular de la jornada de van Noort. Familiarizadas y bien recibidas en Java y en Sumatra, fueron extendiéndose poco á poco á las Célebes y á Borneo, á Malaca, á la costa de Bengala, Ceilán, Cochín, Calicut, á la residencia misma del virrey Arias de Saldaña, que entonces conoció los inconvenientes del sistema autonómico.

Proveían á los indígenas en cualquiera de las residencias de artillería, armas portátiles y municiones, que era de lo que hacían cargamento á la ida; dirigían la fortificación, la sostenían con artilleros y soldados suyos, cerraban, por fin, el paso á las naos de Portugal, consiguiendo rendir y apresar en la isla de Santa Elena un galeón henchido ¹.

En las Molucas, punto de mira preferente, se apoderaron de la isla de Amboina por completo, amagando desde allí á las otras tan seriamente, que el Capitán mayor portugués, Rui González de Sequeira, residente en el fuerte de Tidore, y el Sultán, escribieron al gobernador de Filipinas en solicitud de socorro, llevando personalmente la carta el *Cachil* ó príncipe Cota, con objeto de explicar lo apretado del caso.

Algo les facilitó D. Francisco Tello en hombres, municiones y bastimentos: no lo suficiente, por necesitar de los recursos en inmediatas atenciones; mas por entonces, con orden de la Corte, despachó el Virrey de la India lucida armada de seis galeones, 18 galeotas y una galera al mando del general Andrés Furtado de Mendoza; y aunque, por desgracia, perdió sobre Ceilán, con borrasca, los bajeles de remo,

¹ En memoria del triunfo conseguido el año 1602, grabaron en Holanda una medalla. Melchior Estacio do Amaral relató el combate de modo distinto que ellos en obra titulada *Tratado das batalhas e svcessos do galção Sanctiago com os olandeses na Ilha de Sancta Elena E da Nao Chagas com os Vngleses antre as Ilhas dos Açores: Ambas Capitainas da Carreira da India E da causa & desastres, porque em vinte annos se perderão trinta & oito naos della: com outras cousas curiosas. Com licença da Sancta Inquisição*. Lisboa, 1604. Con grabados. La referida medalla mostraba en el anverso un caballo saltando sobre el globo terrestre y un león persiguiéndole, con leyenda: *QUO SALTAS INSEQUAR NON SUFFICIT ORBIS*. En el reverso los dos navíos batiendo el galeón, y letra *POSSVNT OVÆ POSSE VIDENTUR 16 MARTY 1602*.



rehecho en Malaca bajó al estrecho de Sonda, cañoneó á la escuadra holandesa, que, siendo inferior, rehuyó el encuentro, y cayendo sobre Amboina, tomó el fuerte con poca resistencia y se volvió á hacer señor de la isla (1601).

Las ventajas no pasaron de aquí: cuando trató de continuarlas Furtado en Terrenate, notó con pena que los fuertes reformados bajo la dirección de los holandeses, por ellos artillados y defendidos, ofrecían insuperable obstáculo á las fuerzas con que contaba, y se vió en la precisión de acudir de nuevo al general de Filipinas pidiendo auxilio considerable, única cosa para la que contaban con tal autoridad los portugueses. Auxilio se les dió en forma eficaz; pero antes de apuntar la fecha en que salió de Manila conviene conocer el estado del Archipiélago, registrando de paso sus vicisitudes desde el fin del reinado de Felipe II.

En la instalación de los conquistadores y encomenderos había ganado, fundadas nuevas poblaciones, ensanchadas las primitivas, singularmente la capital, establecidas las comunicaciones marítimas, para las que se construían embarcaciones apropiadas en varios astilleros, aparte de las que hacía necesarias la vecindad de los mahometanos enemigos; galeotas y fragatas de vela y remo, con algunas galeras de modelo español. Hacíanse ya también naves de 200 y 300 toneladas, contando con excelentes maderas duras en el país, y con operarios indios sin mucho trabajo instruídos en el arsenal que se instaló en Cavite, destinándolas á la navegación á Nueva España, de cuyo virreinato dependían las islas y recibían la consignación y los recursos, en un viaje anual.

Los moros de Joló y de Mindanao, sometidos aparentemente, volvieron á las antiguas correrías, inquietando á los pueblos de los Pintados ó Visayas con incursiones en que tomaban muchos cautivos, y hasta á Luzón, á la misma bahía de Manila se atrevieron, una vez convencidos de poderlo hacer impunemente en razón á que, por estar de ordinario vacías las arcas reales, no se contaba con lo indispensable á la manutención de la escuadrilla.

Conseguíanse los principales beneficios del comercio pro-



gresivo con China, alcanzando por entonces á unos 30 ó 40 champanes y juncos, navíos grandes procedentes de Cantón, Chincheo y Veheo, con sedas, lienzos, ferretería, loza, muebles, frutas, cecinas, ganado caballar y mil otros objetos á cambio de plata acuñada. De ellos se iban quedando en la tierra emigrantes industriosos y sumisos que insensiblemente acapararon el comercio menudo, las artes y los oficios, haciéndose necesarios y creciendo sin que se advirtiera hasta el número de 30.000 hombres. Los mercaderes ó factores superiores de ellos, y algún que otro mandarín venido exprofeso, procuraban incremento en las contrataciones.

Con el Japón se habían suavizado los rozamientos, muerto el emprendedor Taico-Sama. Trataba, por lo contrario, su sucesor Daifú de aproximarse, enviando embajadas, proponiendo amistad y comercio ventajoso, ofreciendo á las naves españolas el puerto de Quanto con toda especie de facilidades y pidiendo maestros de construcción y operarios, á fin de fabricar naves al estilo europeo y contribuir con ellas al mutuo beneficio. En tanto enviaba sus juncos con harinas de trigo, conservas, porcelanas, cuchillería, salitre, maques, trocados por cueros, palo de tinte, seda de China.

Borneo remitía petates, cocos, sagú, alfarería y piedras finas, solicitando arroz, vino y mantas de lana y algodón. Por último, Camboja, Siam y Cochinchina querían, no menos, cambiar productos con los españoles, dándoles especias y aromas, marfil, algodón y piedras, desde la mudanza ocurrida en sus instituciones.

Después que el malayo Ocuña Lacasamana se desembarazó de la compañía de Blas Ruiz de Hernán-González, haciéndose absoluto señor, no quedó en el reino un europeo. Don Juan de Mendoza, Luis de Villafañe y Fr. Juan Maldonado escaparon en el patache que conservaban, encaminándose á Siam, donde no tuvieron buen recibimiento. Advirtiéndoles, por lo contrario, que trataba el Rey de detenerlos, decidieron, en consecuencia, salir del río sin perder el tiempo. Ocho días tuvieron que combatir con los paraos que les cerraban el paso, causando enorme destrozo en los contra-



rios, mas no sin daño suyo, que murió el piloto Juan Martínez de Chave con ocho marineros, saliendo tan mal heridos el capitán y Fr. Juan que á pocos días fallecieron, habiendo arribado á Malaca y escrito á Manila recomendando se desistiera de aquella empresa. Empero la estabilidad distaba mucho de aquellos países; Lacasamana disfrutó poco la usurpación; fué derrotado y muerto por los mandarines de Camboja, unidos contra el enemigo común; cambiaron por completo los gobiernos de aquel reino, los de Laos, Champa y Siam, y de todos ellos vino á Manila embajada á reanudar las amistades.

Tenía, como se ve, la capital del archipiélago filipino elementos, facilidades y solicitudes para constituir centro y depósito de la contratación comercial del Extremo Oriente, que sencillamente hubiera podido relacionarse con otro depósito en España, de donde Europa se surtiera, á no embarazar las ideas y las prácticas lo que por sí mismo abría el camino.

Por el cabo de Buena Esperanza, dicho está, no iban á Filipinas naves españolas. Habían de sostener la comunicación, por ordenanza, las de Nueva España, partiendo de Acapulco una vez al año. Estaba prohibido en absoluto que desde el Perú, Panamá y Guatemala fuera ninguna, desoidas y denegadas las representaciones de los gremios y agrupaciones de mercaderes en pro del comercio directo, desatendidas las quejas por la subida de los fletes que originaban la falta de concurrencia ¹.

Algunos ejemplares notables sirven para conocimiento del régimen de la navegación en esta carrera.

El 13 de Julio de 1600 levaron en Cavite las dos naos, *Santa Margarita* y *San Jerónimo*, que habían de hacer el viaje en conserva, al mando del general Juan Martínez de Guillistegui. Tuvieron en la remontada malos tiempos, durante los que se apartaron. La capitana los sufrió más duros cada vez, con mar tan gruesa y arbolada que un golpe se llevó

¹ Colección Navarrete, t. XVIII, núm. 65.



la toldeta con cuantos había en ella: el piloto, los instrumentos, 23 marineros, escalas, pertrechos, maniobra. El vaso quedó quebrantado y abierto, haciendo necesario alijar mercancías y provisiones; y no guardándose orden en el suministro de las que quedaban se significó el descontento de la gente, agravando la situación en que la enfermedad del escorbuto los había puesto. El general murió con muchos, no sin haber decidido la arribada á las islas de los Ladrones; y cuando llegó la nave á darlas vista, no quedando brazos á la maniobra, se estrelló en las peñas, siendo pocos los marineros que recogieron vivos los naturales ¹. La otra nao luchó durante ocho meses con los temporales y la dolencia misma, retrocediendo á las Filipinas con casi toda la gente muerta. En las Catanduanes embarrancó, acabando de perderse hombres y efectos ².

El año siguiente tocó el siniestro al galeón *Santo Tomás*, que desde Nueva España hacía la travesía contraria, habiendo embocado el estrecho de San Bernardino con cerrazón; se logró, por fortuna, poner en salvo á los tripulantes y á la plata, y fué la pérdida concausa de reforma en las ordenanzas de la navegación, sentándose en las nuevas algunas prevenciones aconsejadas por la presencia de los holandeses en el mar indico.

Habían de ser tres las naos de la carrera, con capacidad de 300 toneladas; dos que hicieran el viaje partiendo de Acapulco cada año en el mes de Enero, y la tercera que estuviera de huelga y respeto en el puerto. Otras tres naos habría en Cavite, extremo de la línea. No cargarían más que 200 toneladas de mercancías, dedicándose las otras 100 á la aguada, provisiones y comodidad de tripulantes y pasajeros. En lo sucesivo se armarían con ocho ó diez piezas de artille-

¹ En la *Biblioteca marítima* de Navarrete, t. II, pág. 525, se hace mérito de *Relación por mayor de la pérdida que se hizo el año de 1602 de la nao Santa Margarita en la isla Carpana, una de las de los Ladrones*, que estaba manuscrita en la librería de Lorenzo Coco Umoro, secretario de la Nunciatura en Madrid.

² *Relación de la pérdida de la nao Santa Margarita. Colección Navarrete*, t. XVIII, num. 64.



ría y 25 soldados, imponiendo á todo el que embarcara la obligación de hacerlo provisto de arcabuz y municiones. A los oficiales se tomaría residencia á fin de viaje ¹.

Trató en el curso de este año 1602 de cortar el vuelo á los joloanos el gobernador D. Francisco Tello, sacando fuerzas de flaqueza, á fin de concentrar en las Visayas las galeotas y las guarniciones, encomendando la facción á Juan Juárez de Gallinato, antiguo en aquellos presidios, por tener confianzas de aprestar los moros 200 barquichuelos de los suyos en son de ataque, y mal ó bien juntó nuestro capitán 200 españoles y un cuerpo auxiliar de indios, bogas y gastadores ². Con ello sólo se contuvo la incursión de los moros, que no era poco; pero los encontró atrincherados y juntos en Joló, ocupando posiciones fuertes, á que prudentemente no debía atacar. Los entretuvo con escaramuzas, procurando inútilmente sacarlos á campo abierto, hasta que, consumidos los víveres, tuvo que retirarse sin aplicar el castigo que su soberbia requería.

Llegó en este tiempo por gobernador D. Pedro de Acuña, que lo había sido de Cartagena de Indias, llevando por extraordinario, desde Méjico, cuatro naos, refuerzo de soldados y dinero, é instrucción con que hacer frente á las complicaciones ocurridas. En lo relativo á las relaciones en Asia no tuvo por entonces alteración, conociera ó no los muchos y no siempre conformes pareceres de lo misioneros exploradores ³.

Respecto al Japón anduvo perplejo, despachando con buenas palabras al Embajador de Daifú Sama, y enviándole por

¹ Ordenanza para la navegación de la carrera de Filipinas, dictada por el virrey de Nueva España, conde de Monterrey, año 1602. *Colección Navarrete*, t. XVIII, núm. 69.

² No tenía con qué pagarlos ni darles de comer. Carta de Gallinato. *Colección Navarrete*, t. XVIII, núm. 67.

³ Habíase publicado además la *Historia de las islas del archipiélago filipino y reinos de la gran China, Tartaria, Cochinchina, Malaca, Siam, Camboxa y Japón, y de lo sucedido en ellos á los religiosos descalzos de la provincia de San Gregorio de Filipinas, compuesta por Fr. Marcello de Rivadeneyra*. Barcelona, 1601. Después debió de tener noticia de las cartas de Fr. Sebastián de San Pedro, contrarias á las relaciones con Siam, y de otros papeles de Filipinas, publicados en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LII, páginas 476 á 565.



su parte frailes de varias órdenes encargados de disuadirle de la idea de hacer navíos y navegarlos, y aun la de que frecuentaran los españoles sus puertos, por considerar la materia grave, dañosa y perjudicial para las Filipinas que llegara á ser pueblo marítimo aquel vecino de tanta y tan dispuesta é industriosa población cual la pintaban los religiosos visitantes¹.

Por el momento apoyó á las excusas un suceso impen-sado. Yendo para Acapulco la nao *Espíritu Santo*, gobernada por el general Lope de Ulloa, sufrió por los 38° de latitud furiosa tormenta que le obligó á picar el árbol mayor, ya casi zozobrada. Arribó á las islas del Japón, entrando en puerto, si hondable, dificultoso, á remolque de embarcaciones del país, y una vez dentro, se vió en situación muy parecida á la del galeón *San Felipe* el año 1596. Los naturales, más insolentes de día en día, pretendían que desembarcaran las mercancías y las velas; detenían á los que bajaban á tierra, acabando por declarar que cuanto el barco contenía era, por derecho de señorío, de su pertenencia. Observando el General cómo acudían gentes del interior á la parte y que las autoridades no le atendían, tomó resolución de jugar el todo por el todo, forzando la salida del canal tortuoso sin más aparejo que el trinquete y la cebadera, y habiendo de cortar un cable de bejuco con que cerraron la boca. Además, desde el instante que inició el movimiento, rompieron contra él fuego de arcabucería desde los barcos y las alturas dominantes, siendo maravilla conseguir el largo con no más de un muerto y pocos heridos, dejando prisioneros en tierra 13 hombres.

De la ocurrencia no tenía noticia Daifú Sama; eran sus súbditos no tan amigos de la gente europea como él, los que se procuraban aguinaldo; así, tan luego como supo por los misioneros el desmán, castigó á los culpables, mandó dar

¹ Del año 1602 hay *Relación mandada hacer por el P. Alonso Muñoz de las cosas sucedidas en el Japón*; autor Fr. Pedro de Burguillos. Manuscrita en un tomo en 4.º Biblioteca particular de S. M. el Rey, 2 G, 5.—Otra anónima en la *Colección Navarrete*, t. XVIII, núm. 72.



libertad á los detenidos, restituyéndoles los más insignificantes objetos; y al paso que enviaba al Gobernador de Manila satisfacción y excusas, lo hacía de unas chapas reales, rogándole proveyera de una á cada navío de la carrera y á los que quisieran ir á sus dominios, en la seguridad de que no se repetiría tan desagradable incidente. Consecuencias no tuvo por la pericia de Ulloa en llevar á Manila la nao desmantelada como estaba; pericia confirmada en el siguiente viaje con la misma nao *Espíritu Santo* y la nombrada *Jesús María*. Sorprendido de un bagoio, fondeó al abrigo de la costa de Pampanga, caídos los masteleros, sin embargo de lo que, partidas las amarras, se sintió arrastrado por la violencia del huracán en medio de cerrazón que no permitía ver nada. Pasados tres días angustiosos, despejada la atmósfera, entre árboles arrancados de cuajo, se hallaron las naos más de una legua tierra adentro por deformación y cambio de los fondos; mas por ser de lana no perdieron los vasos, saliendo á flote á fuerza de cabestrantes y trabajo, y llegando á surgir en Acapulco tras mil accidentes y peripecias poco comunes en la mar.

Tal era la situación del Archipiélago filipino al llegar á Manila la petición de auxilio de los portugueses, llevada en navío expreso por el P. Andrés Pereira, de la Compañía de Jesús, acompañado del capitán Antonio Fogoza. El Gobernador conocía bien los antecedentes; desde Méjico había sido informado por el P. Gaspar Gómez, de la misma Compañía, que en las Molucas y Filipinas había vivido muchos años y pasado á la Corte ¹; tenía instrucciones acerca del particular, y consultada la Audiencia, fué de parecer se enviase socorro á la armada portuguesa para el tiempo que lo pedía, que era en principios del año 1603.

Juan Juárez de Gallinato recibió, por tanto, órdenes de juntar en Ilo-Ilo los soldados de la jornada de Joló, y en 20

¹ En la *Colección Navarrete*, t. XVIII, núm. 68, hay copia de un *Informe sobre la importancia de las islas Molucas*, escrito en 1601, y en el mismo tomo, núm. 66, *Relación que dió* (el mismo año) *el P. Gaspar Gómez, de la Compañía de Jesús, de las fortificaciones y defensas de Terrenate*.



de Enero se hizo á la vela en una nao y cuatro fragatas grandes cargadas de provisiones, haciendo en quince días el trayecto al puerto de Talangame, en Terrenate, donde el almirante y general en jefe Furtado de Mendoza le aguardaba.

Ambos desembarcaron la gente y la revistaron, resultando en filas 420 portugueses y 200 españoles, con los que se formaron dos cuerpos, á cargo de Gallinato el de vanguardia al romper la marcha por la playa en dirección de la fortaleza. En dos días largos tuvieron que cruzar barrancos y sitios dificultosos, en que el enemigo estaba atrincherado; mas en ninguno resistió el empuje de los españoles, retirándose al fuerte y dejándoles aproximar y poner batería á cien pasos. Con ésta vino al suelo el gran baluarte, poniendo en aprieto á los sitiados, duramente afligidos en las salidas con muerte de su capitanes y de mucha gente, y era llegado el tiempo del asalto, cuando Furtado convocó á Consejo; expuso hallarse escaso de municiones, de mantenimiento y de cuanto sería menester para llevar á cabo la empresa comenzada, por lo que juzgaba prudente levantar el sitio y retirarse en espera de mayor refuerzo. Gallinato, con los capitanes españoles, replicó una por una á la razones alegadas, afirmando que con arrimar los galeones de manera que batieran por el flanco al caballero de la fortaleza, en dos horas la ganarian, y de otra manera, volviendo las espaldas á la porfía, habría que desecher la esperanza de recobrar lo perdido y dar por gastados sin fruto dinero, vidas y honras.

A este parecer se adhirieron algunos caballeros portugueses, pocos; los más, constituyendo mayoría, sostuvieron el dictamen de su General, resueltamente decidido á retirarse, como lo hizo, marchando hacia la playa con la artillería, y la distinción para Gallinato de encomendarle la retaguardia.

Embarcada la expedición, despidió Furtado cortésmente á los españoles, haciéndoles portadores de una carta dirigida á D. Pedro de Acuña, en que explicaba, con las razones mismas expuestas en el Consejo de guerra, los motivos de su determinación; elogiaba altamente el comportamiento de los



auxiliares y las dotes de Gallinato, insertando este párrafo merecedor de nota:

«La cosa que más estimé en esta empresa, que es digna de quedar en memoria, es que, quebrantando el proverbio de las viejas portuguesas, en el discurso de esta guerra no hubo entre españoles y portugueses una palabra más alta que otra, comiendo juntos en un plato ¹.»

Durante el curso de la expedición dió que recelar en Manila la llegada de tres mandarines chinos con embajada misteriosa, acabada la cual, tuviera ó no relación con ella, se prendió fuego á una casilla de indios, corriendo las llamas rápidamente de calle á calle, hasta consumir 260 edificios de madera y piedra, el convento de Santo Domingo, los almacenes reales y algunas personas. Se sospechó fuera el incendio intencional y no ajeno á los manejos de los sangleyes, ó sea chinos residentes, que de algún tiempo atrás conspiraban con intento de hacerse dueños de las islas, contándose en ellas tan superiores en número á los españoles.

El Gobernador, estando sobre aviso, apresuró quizá las prevenciones más de lo que conviniera, porque advirtieron los sangleyes el descubrimiento del complot y anticiparon el alzamiento á la sazón, temiendo les deshicieran lo realizado hasta entonces de su plan. Se presentaron, pues, en la noche del 3 de Octubre (1603) con armas y banderas, componiendo

¹ Don Antonio de Morga insertó la carta íntegra en los *Sucesos de las islas Filipinas*, pág. 104. Leonardo de Argensola no hizo más que extractarla en su *Conquista de las islas Malucas*, poniendo á guisa de consideración del hecho: «Estos juicios no son para el escritor.» Matias de Novoa, citándola en la *Historia de Felipe III*, pone de su cosecha: «Nuestras malas pasiones son muchas veces las que nos hacen mayor guerra que las armas enemigas, y por las que se han de perder ocasiones de grande importancia, y los asientos que se han desbaratado maliciosamente por sola la emulación de la gloria ajena.» En fin, vistas las reticencias de los escritores contemporáneos, Blumentritt (*Filipinas*, traducción de D. Enrique Ruppert, citada) ha expuesto recientemente: «Cuando ya parecía seguro que un feliz resultado coronaría sus esfuerzos, el Almirante portugués, desoyendo las advertencias de los oficiales españoles y aun las de sus mismos compatriotas, suspendió las operaciones y levantó el sitio. Difícil es de comprender el por qué de esta determinación; lo más probable es que no quisiera ceder á los españoles la gloria de aquel hecho de armas, que con seguridad les hubiera correspondido. Gallinato regresó á Manila con gran enojo, acusando de traidores á los portugueses.»



agrupación de 2.000 hombres, que se entretuvo en robar los arrabales, cometiendo los excesos de esperar en gente desmandada. D. Luis Das Mariñas, acompañado del almirante Juan de Alcega, salió al encuentro con 150 arcabuceros españoles, y se cebó en aquélla masa desordenada, persiguiéndola sin descanso ni reflexión para mal suyo. Cuando, fatigados del todo los hombres, quiso retroceder, los chinos, diez contra uno, los acorralaron en un pantano y los hicieron pedazos, sin que escaparan más de cuatro mal heridos.

El suceso proporcionó importancia á los sublevados, así por los capitanes conocidos que mataron, como por las armas tomadas, de que carecían. Acudieron entonces á engrosarlos muchos indecisos y se envalentonaron, creyendo poco menos que seguro lo que se prometían. Llevaron las cabezas cortadas á las puertas de la ciudad, donde los españoles se habían encerrado, anunciándoles el asalto á que se disponían construyendo máquinas de reparo, asalto que efectivamente dieron con repetición, teniendo considerable pérdida de gente.

En esto llegó con oportunidad desde las islas de los Pintados el capitán de mar D. Luis de Velasco con una buena caracoa, que sirvió para guardar el río Pasig, amparando á las bancas del país guarnecidas de arcabuceros. Con ellas atacó Velasco á los puestos avanzados de los chinos, causándoles enorme mortandad y balanceando el mal éxito de una salida de la plaza, hasta que murió, llevado por el arrojo demasiado lejos.

Pasados quince días, salió de nuevo el capitán Cristóbal de Azcueta Menchaca con 200 españoles, soldados y aventureros, un cuerpo de 300 japoneses voluntarios y otro de 1.500 indios pampangos y tagalos. Arrollaron bizarramente á los sangleyes empujándoles hacia el interior por las provincias de San Pablo y Batangas; y, aunque en ellas se fortificaron, declinando su estrella, comenzó la dispersión y matanza por los indios de los lugares vecinos, apagándose aquel incendio temeroso mucho más pronto de lo que se presumiera por su intensidad. El número de chinos degollados se calculó en 23.000, entrando en la cifra muchos que por sí mismos se



colgaban de los árboles y de las vigas de las casas, siguiendo la costumbre tradicional de su país en la desgracia irreparable. Pocos más de 500 se tomaron vivos para hacerlos servir encadenados en las galeras ¹.

Apenas dominada la crisis, pasando por la que creaba la paralización repentina de todos los oficios mecánicos; con recelo además de que se presentara armada del Celeste Imperio, atraída por los rebeldes, muchas de las familias acaudaladas embarcaron con los haberes en las dos naos de Nueva España, pensando librarse de los trabajos á que por doquiera va expuesta la humanidad. En prueba de ello, sufrieron en la altura del Japón borrascas, por las que arribó otra vez á Manila la capitana sin árboles ni efectos, alijados; con la almiranta, sorbida por el mar, desaparecieron tripulantes y pasajeros, sin salvarse persona.

Las circunstancias favorecían maravillosamente, como se ve, al progreso de los holandeses, activísimos en el despacho de sus escuadras y flotas mercantiles. Una de aquéllas, con 12 navíos, insultó á Goa, residencia del Virrey de la India; corrió las costas de Bengala y Malabar, afianzando relaciones amistosas con establecimiento de factorías. En las Molucas no les bastaba esto; el almirante Stefan van der Hagen ² rindió al fuerte portugués de Amboina é hizo de esta isla su base de operaciones; pasó á Tidore auxiliado de la flotilla y soldados de Terrenate hasta batir el fuerte real y expulsar á los lusitanos; ocupó seguidamente á Gilolo con el resto del archipiélago, no quedando en él, ni en Banda, Java ó Sumatra, quien le resistiera. Diéronse seguidamente sus naves ó las sucesivas á visitar á las Célebes, Borneo, Joló y Mindanao, asentando alianzas con los jefes, proveyéndoles de pólvora y de buenas armas, é impulsándoles á la guerra contra otra dominación ó influencia que la suya ³.

¹ Relación impresa en Sevilla.

² Leonardo de Argensola le nombra Esteban Drage.

³ Existe *Relación de la toma de las islas de Ambueno y Tidore*, escrita por los Padres Lorenzo Masonio y Gabriel de la Cruz, é inserta en la *Labor evangélica de la Compañía de Jesús*, del P. Francisco Colin.



Con admirable sencillez escribía Matias de Novoa, llegando á estos sucesos ¹: «En menos de un año se perdió lo que el valor de los castellanos y portugueses, por más de ciento, conquistaron.» Valiera la pena de discurrir un poco sobre los motivos de mudanza tal, recordando lo que en el siglo largo portugueses y castellanos hicieron, y lo que en el año corto realizaban los subrogadores.

Prevaleció siempre en las conquistas ultramarinas de los españoles, cualquiera que fuesen los procedimientos prácticos de ejecución, el principio de arrancar miembros á la barbarie, llevando por el mundo con la luz del Evangelio las de la cristiana civilización. Los caudillos eran severos, duros, inexorables, si la necesidad lo requería, á su juicio, para extirpar la idolatría y el sacrificio humano, trocar los hábitos salvajes, corregir los vicios, dulcificar las costumbres. No iban tanto á sojuzgar el suelo como á ganar las ánimas, sin que esto quiera decir que despreciaban los intereses materiales.

Los holandeses, más que ningún otro pueblo entre los sectarios de Lutero, blasonaban de respeto á las creencias de los demás hombres, teniendo por regla de conducta no inmiscuirse en lo que no les importaba. ¿Dábanles costumbres arraigadas campo para negociar? Pues negociantes eran de oficio y conveniencia; y como del suelo se preocupaban, sin dárseles un ardite del espíritu, á los salvajes surtían de alcohol, de pólvora, de armas, entreteniéndolos los hábitos antiguos, fueran los que fueran, á la vez que creaban necesidades nuevas que satisfacer. Con lo que no transigían era con el culto de los católicos; á tanto no alcanzaba su tolerancia ². Por lo demás, nada les detenía en empresas ó prácticas comerciales; en la labor que á los ojos de los caballeros ó hidalgos linajudos españoles parecía mecánica, baja y despreciable por ende.

¹ *Historia de Felipe III*, pág. 333.

² Al rendirse el fuerte de Amboina pidieron los portugueses por única condición, aceptada por el almirante van der Hagèn, el respeto á las iglesias. No obstante, apenas se había verificado la entrega, cuando destruyeron los vencedores las imágenes y expulsaron á los sacerdotes. Blumentritt, obra citada.



En estas regiones de Asia y de Oceanía, adonde los católicos habían enviado y enviaban frailes misioneros, colocaban ellos factores complacientes y suficientemente diestros en marcar diferencias. Los misioneros pedían, teniendo que vivir de limosna; los factores daban, buscando popularidad. Solían los primeros crear conflictos á las autoridades; los otros las adulaban y servían, poniendo á su disposición recursos de toda especie, con su cuenta y razón, naturalmente.

Ascendiendo desde el individuo á la colectividad y á su gobierno, veíase claramente la idea encarnada en las Provincias Unidas desde su principio, acerca de la importancia que tuvo siempre la marina militar y mercantil, no sólo en el resultado de las guerras, en el avance también ó retroceso de las naciones, al paso que en la Monarquía de España y de las Indias, en tiempo alguno hubo manifestación de conocerla. Los ministros del rey Felipe III, al parecer, la ofrecían negativa, en los momentos de actividad mayor desplegada en el Japón, en China, en la India entera por los holandeses, dictando la novísima ordenanza de contratación con Filipinas¹. En último resultado, las mercaderías que los españoles no quisieron, cargaron con placer los que antes eran súbditos flamencos, haciendo de Holanda depósito y feria universal de los productos orientales, con otra diferencia todavía: la de enriquecerse, subir en importancia y reputación entre las potencias, mientras se arruinaba y descendía España. Novoa escribió, pues, con verdad: «En menos de un año se perdió lo que el valor de los castellanos y portugueses por más de ciento conquistaron.»

Pero el Gobierno no pensaba que la pérdida fuera irreme-

¹ Real cédula y ordenanza, fecha en Valladolid á 31 de Diciembre de 1604; copia en la *Colección Navarrete*, t. XVIII, núm. 71. Determinábase entre las prevenciones que hicieran la carrera de Acapulco á Manila cuatro naves de á 200 toneladas y no más, partiendo dos cada año de los extremos de la línea, siempre que el precio de las mercaderías traídas no excediera de 250.000 pesos, ni de 500.000 el valor de efectos de retorno, por ningún título. No se concedería licencia para pasar á Filipinas á persona que no diera fianza de residir allí ocho años, cuando menos, etc. Ilustra el particular una carta dirigida al Rey por el Arzobispo de Sevilla y publicada en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LII, pág. 565.



diable: sintiendo el mal efecto de la empresa de Terrenate, con la idea de que la ocupación de las Molucas privaba á la Corona de las rentas cuantiosas de la especiería, tenia decidido arrojar á los holandeses de las islas sin exponer la expedición á las contingencias de la precedente, malograda por falta de armonía entre Furtado y Gallinato, ó acaso por la discordia más honda y general entre portugueses y castellanos, no por carencia de municiones ó de bastimentos, como el General significó ¹, y aquélla se evitaba encomendando á castellanos solos la corrección y proveyendo á un jefe capaz, como lo era el Gobernador de Filipinas, de los elementos que necesitara. Firmáronse, por consecuencia, los despachos en Valladolid á 20 de Junio de 1604, ordenando á D. Pedro de Acuña fuese por su persona á la jornada ², y al Virrey de Méjico que le acudiera con soldados y dinero, puesta una y otra cosa á cargo del almirante de la carrera de las Indias, Juan de Esquivel.

No anduvieron remisos los nombrados, si en cuenta se tiene el camino que habían de hacer personas y papeles; el 15 de Enero de 1606 salían del puerto de Ilo-Ilo, en la isla de Panay, cinco naos, cuatro galeras de fanal, tres galeotas, 13 fragatas grandes, 12 entre champanes, juncos, pancos ó embarcaciones similares de aquellos países, conduciendo con abundante provision ejército de 3.100 hombres, de ellos 1.400 españoles, divididos en 14 banderas, y 75 piezas diversas de artillería. Iba D. Pedro de Acuña, el caudillo, en la galera *Santiago*, y el almirante Esquivel en la capitana de vela *Jesús María*, que no pasó del puerto de la Caldera, en Mindanao, arrastrada en calma por violenta corriente, sin que el remolque de las galeras ni el aguante de las anclas pudiera preservarla.

El 26 de Marzo se juntaron todas las otras en Talangame, puerto de Terrenate, donde una sola nao holandesa, acoderada en són de combate, provocó á toda aquella escuadra

¹ Leonardo de Argensola-Novoa.

² Los copian estos dos autores.



heterogénea, teniéndola en respeto con sus cañones de á 18 libras de bala, bien manejados. Acuña, una vez recibidas á su bordo en la escaramuza, no quiso formalizar el combate, aplazándolo para después del desembarco de la infantería, como lo hizo, enviándole el Sultán de Tidore su armadilla y gente, á título de antiguo amigo.

En tierra hubo un solo encuentro serio, en que los naturales y sus auxiliares europeos quedaron derrotados y en dispersión completa, entrando tras ellos los nuestros en la fortaleza. Asaltaron después otra, defendida con 43 cañones gruesos, donde tenia la vivienda el Sultán, se apoderaron también de la ciudad, indemnizándoles el saco de las penalidades, en tanto que el Rey, con los artilleros holandeses, escapaba en caracoas.

Poco dió que hacer el resto de la isla, y aun las otras del archipiélago; el rey dicho, Zaide, capituló en la de Gilolo, entregándose al capitán Cristóbal de Villagrá, con seguro de la vida; firmó luego documento de cesión de sus dominios á la Corona de España, y acompañó en su regreso á Manila al general Acuña, quedando por gobernador del *Maluco* Juan de Esquivel, con 600 soldados españoles de guarnición, dos galeotas y dos bergantines.

Celebróse el suceso en Filipinas y en la Corte como reconquista, y conquista nueva de los castellanos ¹, por lo que «volvía la voz del Evangelio á sonar en los últimos fines de

¹ A fin de memorarla escribió expresamente el capellán de la Emperatriz, Bartolomé Leonardo de Argensola, la obra de referencia, estimada entre las históricas por la elegancia del concepto. Novoa copió á la letra muchos párrafos de ella sin citar al autor, pareciéndole suficiente, sin duda, repetir sus palabras «porque admiren los presentes y venideros siglos la potencia deste esclarecido y glorioso monarca don Felipe». Morga consignó lo esencial de la jornada entre los *Sucesos de Filipinas*, y no faltan relaciones complementarias con pormenores minuciosos. Dos de éstas, manuscritas, he visto en la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, F. 17. La primera se titula: *Traslado de una carta misiva y relación de lo sucedido en las Philipinas el año 1605, enviada por el capitán Juan Guerra de Cervantes*. No carece de interés. El autor fué muerto en el asalto del fuerte de Terrenate, subiendo de los primeros. El otro manuscrito es *Relación que envió Joseph de Mondiaras al secretario Pedro de Ledesma, del Consejo Real de las Indias, de lo sucedido en la isla de Terrenate, año 1606*. Representaciones de portugueses avecindados en puertos de la India por este tiempo, unió Navarrete á su Colección, t. VIII, números 29 y 30.



la tierra». Parecería á los Ministros que con el triunfo de los soldados y el juramento y homenaje de *Cachiles* y *Sangajes* perversos, todo volvía al estado primitivo. Poco se alcanza con rozar el monte si quedan en el suelo las raíces. La ocupación de islas extraviadas sin marina que las sostuviera, había de ser efímera. ¿No enseñó un solo navío de 30 cañones lo que valían las endebles embarcaciones de Filipinas? ¿Porque se plantara la bandera de Castilla en las Molucas dejaban los holandeses de ser dueños del mar?

